Que el cielo no te demande
El llanto que haces verter. . . .
Sigue impávida en tu empresa
Explotando la sorpresa
Que causa en el pueblo hispano
Ver tu corazon britano
Y tu traje á la francesa. . . .
Mas. . . . si alguna vez en graves
Ecos de guerra, tremola
Tu enseña ante extrañas naves,
Verémos si guardar sabes
Tu decoro, á la española. . . .
Verémos si ahora la espada
De rico tahalí colgada,
Deja á tu enemigo absorto
Como cuando de un *velorto*
Iba á la guerra colgada. . . .

III.

EL AUTOR POR SU CUENTA.

Corre veloz evocacion sagrada
De mi recuerdo amante:
Vén á mí, de mi patria idolatrada,
Sombra, voz ó ilusion por un instante,
Porque ser pueda quien sin tí no es nada!
¿Qué es el hombre sin patria? Átomo triste
Que errante va: si á extraño hogar se adhiere,
Porque el aura natal ya no le asiste
Y de la extraña guarecerse quiere,
Al fin si el aura en vendaval se torna,
Como su impulso, solo, no resiste,
Vuelve á vagar hasta que aislado muere.
¿Qué es el hombre sin patria? Hablad, decid,
Párias, cosmopolitas, francmasones:
¿Por quién sin ella morirá en la lid?
Quitarle pretendeis sus ilusiones,
Su tradicion, la fé de su creencia,

Y amor inmaterial al hombre inflama...!
¿Quereis sustituirle con la ciencia?
Pues la ciencia tambien busca la fama....
¿A quién, si la lograis, falsos doctores,
Ilusos soñadores,
Dejaréis al morir tan rica herencia?

Yo asiento con vosotros, lo confieso,
En que la raza humana
Es mi amiga, mi hermana....
Y bien, ¿qué estorba á mis recuerdos eso?
Manet ergo voluntas, dijo un santo,*
Semper aliquid amans quo sé, agrega:
Pues bien, mi voluntad halla su encanto
En el amor de patria que la anega:
Pero ese sentimiento fijo, estable,
Al amor de mi raza no se niega,
Ni abriga antisocial disentimiento
Contra la ley del mundo, perdurable,
Cual le abriga esa utopia impracticable
Que inventásteis con cálculo profundo

* San Próspero.

Para halagar al vano sentimiento,
¡Y que ofrece por patria al hombre, el mundo!
Y le exige por fé.... su pensamiento!

¡Oh, cuánto error! Sin patria no se vive,
Sin religion, tampoco;
Y que pueda existir no se concibe
De buena fé creyendo, á no estar loco,
Un mortal en el suelo
Sin tales afecciones,
Que basta en el dolor para consuelo
El raciocinio infiel de las pasiones...!
Que en la exasperacion, en el abismo
De la duda mortal, de la impotencia,
Llame el hombre á la ciencia....
¡Sin saber ni la ciencia de sí mismo!
Que pueda artificial crearse el hombre
El amor de la patria y la familia....
Y esas dulzuras íntimas, sin nombre,
Que lo sublime y lo pueril concilia,
Gozadas del hogar en el secreto,
¡Creer posible hallar en otro objeto!

Mentira; eso se dice
Por cálculo ó ficcion, mas no se siente:
El corazon más frío
Patria y familia con afan bendice;
Y un alma indiferente
A todo goce ya, con desvarío
Ama á su patria si la mira ausente.
El que apoyado en necias teorías
Condenare severo
Estas de amor debilidades mias,
O no ha sufrido nunca, ó no es sincero;
O no sintió jamás esa amargura
Que en tierra extraña apura
El mísero extranjero. . . !
. . . . . .
. . . . . .
Pero hablaba. . . . ¿de qué? Ah, sí, invocaba
Mi dulce patria. . . . á Santander se entiende,
Por ver si su recuerdo mitigaba
Un juicio que la ofende,
Y que en mí se fijó con insistencia.
¿Habré dicho quizás un disparate,
Porque no me asistia

Mi evocacion sagrada todavía?
Mas fuerza es que yo trate
De ese modo á la ilustre patria mia;
Porque aquí, en confianza,
Diré que montañés soy de remate,
Y no consentiré que á mi excelencia
Le robe Santander medio quilate:
Su civilizacion y su opulencia,
Su corazon inglés, su *vis* de Francia,
Su mercantil centrífuga importancia,
No valen para mí medio cornado
Si al montañés sencillo, pero honrado,
Su sobriedad le quita y su fé rancia;
Y valen mucho ménos
Si á sus hidalgos pobres, pero buenos,
Cerriles, mas valientes,
Me los convierte en gentes
De poco más ó ménos:
Y valen mucho ménos todavía
Si á aquellas de tus campos la alegría,
Especie de amazonas,
Autoras de potajes y boronas,
Fecundas aldeanas,

Convertirme ambicionas,
Oh Santander, en viles cortesanas.
. . . . . .
Pero en fin, Santander, dáme un asiento
Donde tiene cimiento
Tu espléndida Atalaya en que tremola
La enseña patria al viento,
Miéntras llega á enmendar mi pensamiento
Tu imágen española:
Déjame contemplar cómodamente
De tus muelles el rico panorama,
Que allí entre el movimiento de la gente
Un triste cuadro la atencion me llama.

IV.

LA PARTIDA.

Al páiro, y encendidas sus calderas
Estaba el *Saint-Nazaire* (¡dura desgracia!

¡Que para todo empresas extranjeras
Ha de necesitar la patria mia!)
En medio de la espléndida bahía,
Una helada mañana de Diciembre.
Por la alta chimenea,
Blanca columna de humo el buque lanza,
Y (el ancla á medio alzar) se balancea
Pronto á desparecer con la esperanza
Del que en la playa está y hondo suspira,
Agitando un pañuelo á otro que mira
Agitarse por él en lontananza.
Una densa neblina
Que no osan penetrar los resplandores
Del sol naciente aún, y la ilumina
Como á través de un vidrio de colores,
La ancha ensenada cierra:
Y el verde mar en calma, salpicado
De negros masteleros,
Parece un cementerio desde tierra
De movibles sepulcros adornado,
Y elevados cipreses lastimeros:
A través de la bruma,
Como surgiendo en borrascosa espuma,

Las gigantes siluetas
De mástiles, escalas y crucetas,
En balancés inquietos,
Remedan una danza de esqueletos,
Horribles, descarnados;
Que dijera un augur ser convocados
Para befar el duelo en que se afana
La pobre gente que los muelles cruza,
Celebrando el botin de sangre humana
Que el *Saint-Nazaire* encierra,
Y arrebatado á la española tierra
Va á fecundar la tierra americana.

La línea de los muelles caprichosa
Que va desde Maliaño al Sardinero
Ciñendo á Santander, y en que reposa
De palacios un lujo verdadero,
Pasmo desde la mar del navegante;
Porque más bella aquella perspectiva
Es cuanto mas distante,
Causando pena viva
Al que de ella se aleja,
Y el adios que le manda tristemente

Se parece á una queja:
Porque ese adios en lengua castellana
Es casi siempre amargo;
Un reproche parece, acaso un cargo
Que á la miseria humana,
El labio ántes ríente,
Hace del afligido adolescente:
"¿Por qué á tierra lejana,
"Quizás, dice en su mente,
"Para no volver más se me destierra?
"¿Tanto sobra la gente
"Que estoy de más en la española tierra?
Y ha de pensar tambien, sin duda alguna,
Que si una vez allí volver le es dado
Ha de ser portador de una fortuna,
Pena de ser mal visto y despreciado. . . .
Si volviese sin ella, excusa vana
Su falta de salud fuera, y de suerte.
¡El que marcha á la tierra americana,
Que oro dicen que mana,
Va sentenciado á capital ó muerte!
. . . . . .
Los muelles, repetimos,

A pesar de ser hora tan temprana,
Apiñadas en grupos cual racimos,
Poblaban varias gentes
Que eran sin duda amigas ó parientes,
A juzgar por sus rostros lastimeros,
De los desconsolados pasajeros
Que lleva el Saint-Nazaire al suelo indiano:
Agitaban pañuelos y sombreros,
Y besos enviaban con la mano
En que el alma mandarles pretendian,
Al hijo, y al amigo, y al hermano.
A bordo del vapor se percibian,
Confusos y distantes,
Adioses y saludos semejantes
Que á los de aquellos grupos respondian;
Y en las brisas del mar, ecos errantes
De sollozos oirse parecian. . . !

Cuando el orgullo vano
Del hombre que adquirió saber profundo
Pretende muy ufano
Definir las pasiones de este mundo
Y conocer el corazon humano,

Entre el barco y la tierra
De buena gana á ese hombre colocara,
Para que me explicara
Lo que ese adios desgarrador encierra,
Por la madre mandado
Al hijo de su amor idolatrado
Que va á perder de vista sus montañas;
Y el adios con que el hijo corresponde,
Que aunque en el seno de la mar se esconde,
Llega á repercutir en sus entrañas! . . .
¿Qué sienten esas gentes,
Sabios *omnisapientes*,
Que la vida os pasais analizando
Causas, esencias, móviles y agentes
Que están la humanidad atormentando?
¿Sabéislo por ventura?
¡Qué lo habeis de saber! Si yo que cedo
Al afan de imitar vuestra locura,
De desbarrar sobre ello tengo miedo:
Y de ese *adios* el ansia, la amargura,
Sin embargo, me ha herido. . . .
¿Cómo si yo explicármelo no puedo,
Lo explicará quien nunca lo ha sentido?